

JUVENTUD

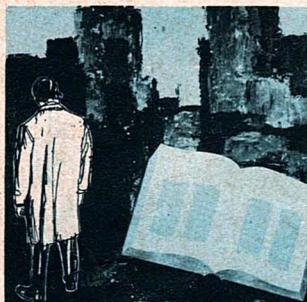
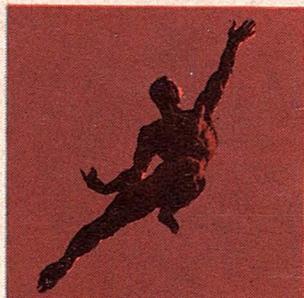


COMO SER
VERDADERAMENTE LIBRE

En este número:

LA SUPREMA LIBERTAD

Existe sólo una fórmula para que la persona sea verdaderamente libre, tanto en lo que respecta a su facultad de elección como de realización. Y lo que sorprende es que su obtención es gratuita (página 4).



LA BIBLIA ¿SERVE PARA ALGO?

El Libro fundamental del cristianismo siempre genera polémicas. ¿Qué valor tiene para el joven de este tiempo? Un testimonio valiente y valioso como elemento de juicio para saber qué pensar de la Biblia (página 12).

SE SALVO POR MILAGRO

Lo que ocurrió el 31 de mayo de 1970 en el Perú ya es historia. Pero más allá de los dramáticos sucesos del terremoto están los de aquellos que sobrevivieron. El milagro también estuvo presente (página 18).



COMO PUDE REALIZAR MI VOCACION

Un caso excepcional de perseverancia y aprovechamiento de las oportunidades que muestra cuánto puede hacer una voluntad humana regida por una Voluntad Suprema. Alecciona, estimula, inspira (página 21).

Director Lorenzo J. Baum
 Redactor E. Benjamín Gómez
 Diagramador Germán E. Clouzet

AGENCIAS

ARGENTINA

BUENOS AIRES: Uriarte 2429, Tel. 72-3187.
 PARANA: Cervantes 292, Tel. Paraná 10-671.
 CORRIENTES: C. Pellegrini 747, Tel. 4072.
 MENDOZA: Avellaneda 59. BAHIA BLANCA:
 Caronti 265, Casilla 161, Tel. 24-280.

CHILE

SANTIAGO: Santa Elena 1038, Casilla 328, Tel. 393495. TEMUCO: Claro Solar 1170, Casilla 2-D, Tel. 33194. ANTOFAGASTA: Washington 2562, Casilla 1260, Tel. 24917.

URUGUAY

MONTEVIDEO: Avda. Italia 2360. Tel. 4 35 83.

BOLIVIA

LA PAZ: R. Villalobos 1592, Miraflores, Casilla 355, Tel. 27244.

ECUADOR

GUAYAQUIL: Calles Tulcán y Hurtado, Casilla 1140, Tel. 361-205.

PARAGUAY

ASUNCION: Yegros 861, Tel. 5134.

PERU

LIMA: Comandante Espinar 670, Miraflores, Casilla 1002, Tel. 45-4247; 45-1443. PUNO: Lima 115, Casilla 312, Tel. 193. IQUITOS: Avda. Coronel Portillo 301, Casilla 240, Tel. 2290. CHICLAYO: Alfonso Ugarte 1499, Casilla 330, Tel. 2660.

OTROS ARTICULOS

¿QUIEN ES LIBRE?	3
UNA DECLARACION DE DEPENDENCIA	8
¿COMO HABLAMOS? Prof. Celia Gillig	9
LA CONVERSACION, VEHICULO DE AMISTAD, CONOCIMIENTO Y PROVECHO Dr. Haroldo Shryock	10
EL JOVEN QUE NO PUDO SER ASESINADO D. R. Christman	14
LA CORTESIA Carlos Wagners	24
DE TODO EL MUNDO	27

Redacción, Administración y Talleres: ASOCIACION CASA EDITORA SUDAMERICANA, Avda. San Martín 4555, Florida, FNGBM, Buenos Aires, República Argentina, T. E. 740-0416. Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 1.057.800. Domicilio Legal: Uriarte 2435, Capital Federal.

CORREO ARGENTINO SUC. FLORIDA (B) Y CENTRAL (B)

FRANQUEO A PAGAR
Cuenta N° 199

TARIFA REDUCIDA
Concesión N° 590



¿QUIEN ES LIBRE?

ES LIBRE aquella mente que domina los sentidos, que se protege contra los apetitos animales, que menosprecia el placer y el dolor en comparación con su propia energía, que penetra la entidad del cuerpo y reconoce su propia realidad y grandeza, que se pasa la vida, no en preguntar qué ha de comer o qué ha de beber, sino en padecer hambre y sed de justicia y en buscarla.

Es libre aquella mente que escapa a la esclavitud de la materia; que, en lugar de contentarse con el universo material y hacer de él los muros de su prisión, se proyecta más allá hasta su Autor, y en las múltiples evidencias del Espíritu Infinito, encuentra ayuda para su propio engrandecimiento espiritual.

Es libre aquella mente que celosamente protege sus derechos y potencias intelectuales, que no acepta por dueño a ningún hombre, que no se contenta con una fe pasiva o hereditaria, que se expone a cualquier luz de dondequiera que emane.

Es libre aquella mente que no impone límites a su amor, que no se aprisiona dentro de

sí misma, que reconoce en todos los seres humanos la imagen de su Dios y los derechos de sus hijos, que se deleita en la virtud y se conmueve con el sufrimiento dondequiera que se encuentren, que vence el orgullo, la ira, y la pereza, y se ofrece como víctima voluntaria para beneficio de la humanidad entera.

Es libre aquella mente que se protege contra las circunstancias externas, que no se deja arrebatar por el torrente de eventos, que no es la criatura de un impulso accidental, sino que trueca los eventos para beneficio propio, cuyos actos manan de una fuente interna, de principios inmutables que ha defendido deliberadamente.

Es libre aquella mente que se protege contra las usurpaciones de la sociedad, que no se acobarda ante la opinión humana, que se siente responsable ante un tribunal superior al de los hombres, que posee demasiado respeto propio para hacerse el esclavo o el instrumento de los muchos o de los pocos.

Es libre aquella mente que, por la confianza en Dios y en el poder de la virtud, ha desecha-

do todo temor excepto el temor de hacer mal, que no se deja dominar por ninguna amenaza, o peligro, que se mantiene con calma en medio de los tumultos, y se apodera de sí misma aunque todo lo demás lo pierda.

Es libre aquella mente que resiste la servidumbre del hábito, que no se repite mecánicamente ni imita el pasado, que no se conforma con sus antiguas virtudes, que no se deja esclavizar por reglas precisas, sino que olvida lo que está detrás, espera nuevas y más altas direcciones de la conciencia, y se regocija al derramarse en nuevos y superiores esfuerzos.

Es libre aquella mente que, consciente de su afinidad con Dios, y confiada en las promesas manifestadas por Jesucristo, se dedica fielmente al desarrollo de todos sus poderes, que sobrepasa los confines del tiempo y de la muerte, que espera avanzar para siempre, y que encuentra potencia inagotable, tanto para la acción como para el sufrimiento, en la perspectiva de la gloriosa Inmortalidad. =

Es libre aquella mente que se protege contra las usurpaciones de la sociedad, que no se acobarda ante la opinión humana, que se siente responsable ante un tribunal superior al de los hombres, que posee demasiado respeto propio para hacerse esclavo o el instrumento de los muchos o de los pocos.

La Suprema

DESDE el mismo comienzo de la humanidad, este mundo ha sido escenario de una permanente lucha en torno de la libertad —personal, política, económica, religiosa—, porque el hombre ha olvidado el justo principio que debe guiarlo en sus relaciones con los demás: tratarlos como quiere ser tratado, y no hacer al prójimo lo que no desea para sí mismo.

Pero su debilidad en este terreno ha sido y sigue siendo el procurar imponer a sus semejantes su propio criterio personal, como si éste fuera el más acertado, el único justo, el más valedero. Si tiene el poder material se vuelve intransigente, intolerante, perseguidor de los que no concuerdan con él en su manera de pensar, repitiendo en el transcurso del tiempo la trágica historia de Caín que levanta su mano contra Abel, porque éste no procedía en igual forma como el homicida, cuyas “obras eran malas, y las de su hermano justas”.

Pero no sólo el hombre obra injustamente al tratar de imponer su propia manera de pensar u obrar a los demás, sino que su misma pretensión es un absurdo. Ningún poder humano puede penetrar en la conciencia y obligarla a pensar de una determinada manera. El hombre sigue siendo libre en el fuero interno aunque esté privado de su libertad física, aunque esté sometido a la más severa coacción. Sigue siendo libre de pensar bien o mal respecto a algo, y nadie puede saberlo, sino sólo Dios. Por lo tanto la pretensión de imponer por la fuerza una creencia o una conducta moral es una verdadera aberración mental.

Quien quiere reformar el mundo por la fuerza —y desgraciadamente muchos cristianos, en nombre de Dios, han usado y usan este recurso con mucha frecuencia, incluso en nuestra América—, asume un papel superior a Dios, porque pretende hacer lo que el Creador mismo no puede sin afectar la naturaleza humana. Si Dios controlara la conciencia del hombre contra la voluntad de éste, le impusiera



Lorenzo J. Baum

una conducta determinada, le obligara a realizar actos que no quiere, la persona no sería ya un ser moralmente libre, responsable de su conducta, sino un simple títere, un muñeco, una máquina, pero no la corona de la creación.

La prueba más convincente del respeto del Creador por el sagrado derecho de la conciencia está en que, siendo el más grande anhelo de la Divinidad el imperio del bien en el mundo, que sus criaturas sean buenas, existe el mal. Y tanto respeto tiene Dios a la persona humana, a su conciencia, que pudiendo obligarla a hacer el bien, puesto que poder no le falta, prefirió enviar a su propio Hijo a morir por el hombre antes que violar su conciencia, y hacerle perder así el libre albedrío, la libertad de elección, la esencia misma de su naturaleza, el legado más grande de nuestra raza.

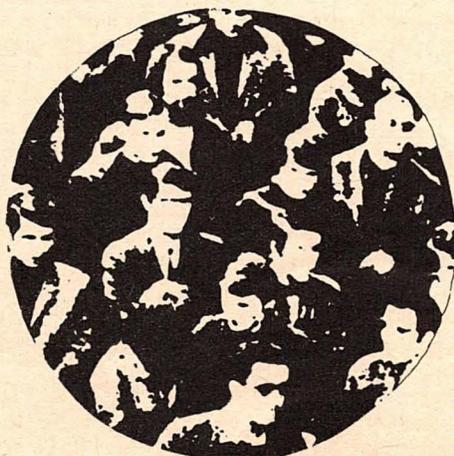
Libertad

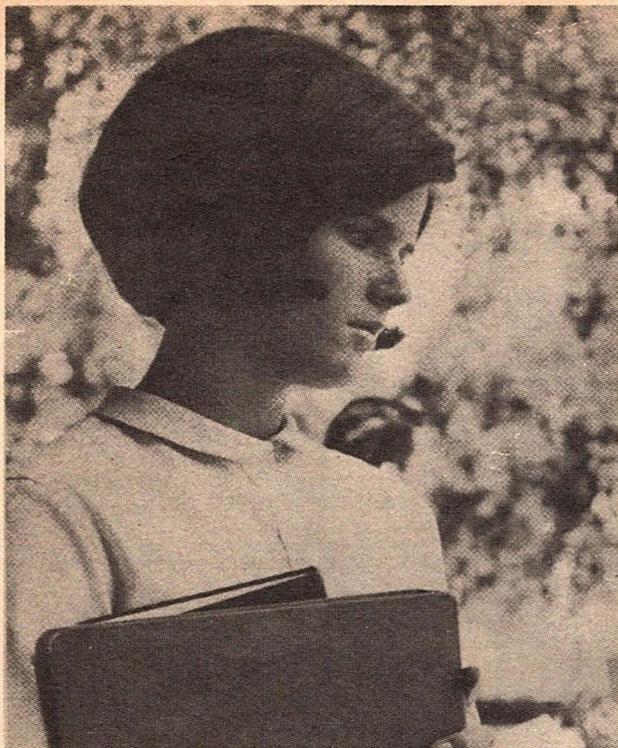
Pero, desgraciadamente, ni los paganos que en nombre de sus dioses quemaron a los cristianos en tiempos de la Roma imperial, ni los cristianos que martirizaron en nombre de Dios, del Dios de la libertad, a sus hermanos que adoraban al mismo Padre en forma diferente de la de las iglesias que tenían a su disposición el poder del estado para perseguir, comprendieron cuál es la esencia misma del hombre. Pero lo más espantoso es que, a pesar de la experiencia histórica, de la difusión de los principios de la libertad, todavía hoy existen grupos numerosos de cristianos, y de adeptos de la filosofía materialista que se creen marcados por el destino para moldear las conciencias conforme a sus propias ideas y están prontos para perseguir a los disidentes.

Olvidan que la verdad no es asunto de número de adeptos, ni de influencia política, ni de poderío económico. Si fuéramos a juzgar por el número, hoy la verdad religiosa estaría con los paganos antes que con los católicos, porque aquéllos superan por lejos a los cientos de millones de fieles romanos —muchos de los cuales, por otra parte, lo son sólo de nombre. En los días de Jesús, la verdad habría estado con los judíos, el sacerdocio, la gente culta, poderosa e influyente, porque con ellos estaba la mayoría del pueblo, el poder político y las riquezas, no con Cristo, el humilde nazareno, pero Hijo de Dios y Redentor del mundo. Y en los de Galileo la verdad científica habría estado con los inquisidores y la iglesia que representaban, y no con el sabio, que era la única voz que disonaba con la monocorde afirmación universal de que la tierra no se movía. Y sin embargo, Galileo tenía razón, a pesar de que lo obligaron a retractarse de su tesis. En tiempos de Colón, la tierra era redonda como afirmaba el descubridor de América, a pesar de la creencia contraria de sabios y religiosos y de la opinión unánime de la gente.

JUVENTUD

**Los pueblos
han derramado
ríos de sangre
por la conquista
de la libertad,
pero la más grande,
sublime, suprema
libertad, la de
más trascendencia
para la vida
presente y futura
no cuesta un solo
centavo, no
demanda un
solo sacrificio.**





Los ejemplos sobran. De manera que tratar de probar la verdad por aquellas razones es echar mano de un contra argumento que pulveriza semejante pretensión.

Ninguna mentira puede convertirse en verdad por la compulsión, ni ninguna verdad deja de serlo por su sola negación. Pero ninguna verdad tiene tanta trascendencia, por afectar en forma tan directa y profunda el destino del hombre, como la libertad religiosa, la de adorar a Dios conforme a los propios dictados de la conciencia, porque sólo en virtud de la sinceridad esa adoración tiene mérito ante el Ser supremo. Y la sinceridad sólo puede ser real cuando el hombre cumpla voluntariamente con los deseos de Dios, no por compulsión ya sea de la Divinidad o de sus semejantes.

Pero esa adoración interior debe manifestarse por hechos. Es decir, por la conducta. Y aquí es donde entra en juego un factor de capital importancia relacionado con la libertad humana: el poder armonizar los dictados de la conciencia con las realizaciones diarias. Aun cuando el hombre se viera totalmente libre de pensar como quisiera y de expresar sus ideas, todavía le faltaría conquistar la suprema libertad; poder vivir libre de la esclavitud del mal.

La experiencia nos ha mostrado a cada uno que por más convencidos que estemos de que debemos obrar en forma diferente y por más que nos hayamos propuesto mejorar la conducta, hemos encontrado que nuestras más solemnes promesas de reforma hechas reiteradamente y con el más sincero propósito han sido quebrantadas con harta frecuencia. Nos damos cuenta de que contra nuestra voluntad estamos obrando mal. Y quien hace algo contra su voluntad no es un ser libre, aunque ande

Nadie puede hacer lo que quiere sin que su acción traiga aparejado su consiguiente resultado. Si todos pudieran hacer lo que quisieran, el universo no sería la maravilla de orden que vemos sino el caos más espantoso.

suelto, sino un esclavo de quien le impone la realización de ese algo.

Esa experiencia humana es tan vieja como la humanidad. De ella se ocupó el apóstol San Pablo cuando escribió: "Yo sé que en mí (a saber, en mi carne) no mora el bien; porque tengo el querer, mas efectuar el bien no lo alcanzo. Porque no hago el bien que quiero; mas el mal que no quiero, éste hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo obro yo, sino el pecado que está en mí. Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: Que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; mas veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi espíritu, y que me lleva cautivo a la ley del pecado" (Epístola a los Romanos capítulo 7). Ese poder esclavizador es Satanás, enemigo de Dios y del hombre, quien impide al ser humano cumplir el deseo de realizar el bien.

Por lo tanto, éste para ser verdaderamente libre debe tener la libertad de escoger entre el bien y el mal, pero también debe tener el poder de realizar el bien voluntariamente. Pero el hombre, como nos lo revela la experiencia personal, normalmente fracasa en sus buenos propósitos, está dominado por el mal, rinde pleitesía al pecado. Por consiguiente, para alcanzar la verdadera, la suprema libertad, necesita de un Libertador que lo libere de la esclavitud del pecado para que sin imposiciones pueda escoger su conducta y realizar sus decisiones.

Bajo el poder de Satanás, como hemos visto, el hombre conserva su libertad de elección, pero está privado de la libertad de realización cuando quiere hacer el bien. La suprema libertad consiste en poder elegir un determinado curso de acción —bueno o malo— y poder cumplirlo.

Sólo Cristo es capaz de dar al hombre esa libertad. Hablando a los judíos les dijo: "Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres". Sus oyentes se creían libres, y por eso respondieron a Jesús: "Jamás servimos a nadie. ¿Cómo dices tú: Seréis libres?" Pero la verdad es que estaban bajo la peor esclavitud a que puede estar sometido un hombre. Por eso les dijo el Señor: "Vosotros de vuestro padre el diablo sois, y los deseos de vuestro padre queréis cumplir".



Suscríbese a la revista

Vida Feliz

Contiene:

- COMENTARIOS SOBRE ACTUALIDADES
- TEMAS CIENTIFICOS
- ASUNTOS HISTORICOS Y RELIGIOSOS
- CONSEJOS HIGIENICODIETETICOS
- ANALISIS SOBRE PROBLEMAS DEL HOGAR Y LA PERSONALIDAD

Vea la lista de agencias en la página dos de esta revista

El hombre es realmente libre en el más amplio sentido de la palabra sólo cuando se une a Cristo, porque únicamente entonces está verdaderamente en condiciones de hacer, sin impedimento de ninguna clase, ora el bien, ora el mal. Si se propone hacer el bien, puede realizarlo mediante la gracia divina, lo cual le era imposible bajo el dominio de Satanás. Si quiere hacer el mal, está en la más completa libertad de hacerlo, porque Dios no se lo impide.

La libertad en Cristo, o la libertad cristiana, no es, como suponen muchos, la esclavitud bajo Dios, sino por el contrario, la máxima expresión de una personalidad libre.

Que el hombre deba obedecer las leyes divinas para garantizar su libertad no es ningún signo de esclavitud. Nadie puede hacer lo que quiere sin que su acción traiga aparejada su consiguiente resultado. Si todos pudieran hacer lo que quisieran, el universo no sería la maravilla de orden que vemos, sino el caos más espantoso. Dios mismo, pudiendo hacer lo que desea, no obra por capricho, sino por principios. Y precisamente esta característica de Dios es lo que hace de él un Ser justo. También el hombre, creado a la imagen de Dios, debe obedecer, para su propia felicidad, los principios que la garantizan. Eso no es esclavitud, sino ordenamiento inteligente de la con-

ducta para conseguir un fin bueno, un fin que es la propia existencia.

Los pueblos han derramado ríos de sangre por la conquista de la libertad nacional, de las libertades individuales, pero la más grande, la más sublime, la suprema libertad, la de más trascendentales consecuencias para la vida presente y futura, no cuesta un solo centavo, un solo sacrificio. Dios la ofrece gratuitamente a todos a través de Jesucristo, el vencedor del mal. ¡Sin embargo, cuán pocos la buscan!

Decíamos que la libertad en Cristo es la más trascendental de todas las libertades, porque no sólo hace al hombre supremamente libre, sino que ella le asegura la entrada en el reino eterno de Dios, donde no existirá más el mal, y por lo tanto no habrá más la lucha ruda y difícil por la libertad. Los seres salvados seguirán conservando el libre albedrío, pero serán perfectos y nunca, como Dios, querrán emplear su libertad para obrar contra los principios del bien.

Nadie es verdaderamente libre a menos que esté unido con Cristo "en espíritu y en verdad". Sólo en él podemos estar libres del poder del pecado y sus consecuencias, y conservar la libertad de escoger nuestro propio destino. Esa es la suprema libertad que todo hombre debe buscar para ser semejante a Dios.=



UNA DECLARACION DE DEPENDENCIA

ES UN hecho generalmente aceptado el que tan pronto como el joven completa su educación, su primera preocupación será la de "establecerse" y ganar suficiente dinero como para instalar cómodamente su casa, vestirse él y su familia con distinción, y disfrutar de ciertos lujos que hagan fácil la vida. Esta cuestión de acumular "cosas" con mucha frecuencia se convierte en una búsqueda agitada de esos elementos materiales, en la que están implicados la esposa, el esposo y los hijos.

En decidido contraste con la modalidad corriente de nuestro tiempo se halla la conducta de un médico misionero con quien estoy relacionado. Años atrás partió de Estados Unidos junto con su familia hacia las junglas primitivas del Africa. Aún hoy continúa prestando servicio médico en una estación misionera. No posee muchas de las así llamadas riquezas por el mundo. Tiene, en cambio, un espíritu de serena y profunda satisfacción que bien podría ser el objeto de envidia de muchos hombres más ricos. Diría yo que verdaderamente ha alcanzado el éxito, porque es dueño de la libertad que significa depender enteramente de Dios.

Tal vez hayamos descubierto que aún después de haber conseguido esas "cosas" de relativo valor, perdura siempre cierto temor. Es verdad, uno puede obtener los objetos materiales por los cuales tanto se afana, pero una vez que los consiguió, ¿qué otro objetivo perseguirá? El blanco de sus esfuerzos será entonces una panacea que elimine los profundos problemas que surgen por ser un esclavo del yo egoísta. Es así como algunas personas se vuelven a la religión en un último esfuerzo por encontrar algo que disipe sus inquietudes y les dé felicidad. Sin embargo, ese esfuerzo para llevar una vida religiosa implica una actitud egoísta por los motivos que lo inspiran. Y la religión nunca puede quitar la carga cuando está implicado un interés personal egoísta.

Nunca seremos verdaderamente libres hasta que aceptemos la libertad ofrecida por Cristo. Y esta libertad no se basa en "cosas". Es una esperanza nacida del espíritu, donde los hombres adquieren conciencia de su necesidad y encuentran paz, perdón y libertad con Dios mediante Cristo.=



—LOS sustantivos *conmoción* y *promoción* son correctos. No así los verbos *promocionar* y *conmocionar*, productos del afán publicitario. En este momento todo se quiere *promocionar*: un artículo de consumo, un libro, un orador, con el fin de *conmocionar* el ambiente o la opinión pública. Si en lugar de *promocionar* para *conmocionar*, *promoviéramos* para *conmover* estaríamos acertados y en total acuerdo con la Real Academia, e incluso sería algo así como una pequeña *promoción* para ella.

—Cuando alguien se las da de muy enterado de algo y discurre sobre el tema, suele decirse que está *mistificando* o *mixtificando* (este último término es menos frecuente). También se usa esta palabra con el significado de embaucar, engañar. Pero se trata de un galicismo y en su lugar tenemos la palabra *pontificar*, que entre otras cosas significa dárseles de enterado, aunque el uso de esta palabra con tal significado es exclusivamente familiar.

—El término *álgido* significa muy frío, y se aplica también a las enfermedades acompañadas de un frío glacial, tales como la fiebre *álgida* o el período *álgido* de ciertas enfermedades. Pero he aquí que su significado se ha torcido y se usa esta palabra para señalar que algo ha llegado al punto máximo que se puede esperar. Así se dice: “La reunión fue interrumpida justo en el momento *álgido*”. Lo cual me parece muy bien, porque si la reunión estaba en el momento *álgido* quiere decir que se había enfriado totalmente y se hacía bien en interrumpirla. Pero en realidad lo que se quiere decir con eso es que la reunión fue interrumpida justo cuando estaba en lo mejor, o cuando más calor (en el sentido de calor humano) reinaba en el ambiente. En este caso la pa-

labra *álgido* se transforma en un barbarismo. Lo correcto sería decir: La reunión fue interrumpida justo en el momento *culminante* o en el momento *más activo* o *más intenso*.

—La palabra *bañadera* es sólo un americanismo. Su correspondiente correcta es *bañera* o simplemente *baño*, que además de significar el acto de bañarnos, se refiere también al recipiente donde se efectúa el baño.

—Cuando se inicia una construcción de cierta importancia, además de reunirse unos cuantos señores y señoras muy afectos a los discursos, se procede a colocar lo que algún presente denomina solemnemente la “*pedra basal*” del edificio en cuestión. Pero lo que en realidad se coloca es la *pedra fundamental*, que deriva de *fundamento*. La palabra *basal* ni siquiera figura en los diccionarios.

—*Pifiar* significa: “Hacer que se oiga demasiado el soplo del que toca la flauta travesera, que es un defecto muy notable”. A partir de allí el término pasó a significar un error en el juego de billares o naipes.

Actualmente se lo aplica a cualquier error que se cometa, y no es un lunfardismo usado de esta manera, simplemente es una voz familiar. En algunas regiones de América se lo usa también como sinónimo de burla.

—Hay quienes dicen *aerodromo* en lugar de *aeródromo* e *hipodromo* en lugar de *hipódromo*. Parece que el problema de la incorrecta acentuación es muy común, pero no debemos extrañarnos pues muchas veces los medios de difusión masiva se encargan de ello. Por ejemplo, en un programa de TV para niños el locutor dice: *batiscafo* en lugar de *batiscafo*. Y también es muy común oír la palabra *aliscafo*, que si bien no es un término aceptado y no se halla en ningún diccionario, todo nos hace suponer que debe ser *aliscafo*, como su hermano el *batiscafo*.

—Hay dos nombres geográficos que, si bien se escriben correctamente, se tiende a pronunciarlos mal: *Tokio* que suele decirse *Tokío* y las *Orcadas del Sur*, cuyo acento debe recaer sobre la *o*, aunque aquí no se lo ponga por razones tipográficas.=

Prof. Celia Gillig

**HE AQUI ALGO QUE NO TODOS
TOMAN EN CUENTA**

Cierta vez entré en un negocio de electricidad para comprar un accesorio que se me había roto. El dueño del establecimiento tomó la parte rota, la examinó, meneó la cabeza y me dijo: "No tengo nada igual a esto".

Yo le respondí que no esperaba encontrar un duplicado exacto y que me conformaría con otra cosa con tal que sirviera para el mismo propósito. Pero él repitió que no tenía nada que me pudiera servir. Luego le pregunté si no podía indicarme otra casa donde tuvieran equipos de ese tipo, pero el hombre se impacientó diciéndome con énfasis que esa parte rota había sido construida de manera especial y que me sería imposible encontrar algo que la reemplazara.

Después de haber recibido esas tres respuestas negativas, seguí andando por la acera y encontré otro negocio de apariencia menos llamativa y no tan bien equipado. Entré y le dije al propietario lo que buscaba. Me contestó más o menos lo mismo que el otro, es decir, que era un accesorio especial y que no podría ser fácilmente reemplazado.

Pero me lo dijo con tono amable y mostrando un verdadero interés en mi problema. Le repetí que estaba dispuesto a aceptar un sustituto con tal de que sirviera para el mismo fin, y se puso a pensar cómo podría reemplazar la parte rota con piezas de equipo comunes. A los pocos minutos había ideado una pieza que servía muy bien para el propósito para el cual yo la necesitaba. Las partes que él me indicó eran comunes y sin duda se encontraban también en el primer negocio que visité.

Me sentí muy agradecido hacia ese segundo hombre. No só-



LA CONVERSACION, VEHICULO DE AMISTAD, CONOCIMIENTO y PROVECHO

Dr. Haroldo Shryock

lo le pagué el precio, sino que le expresé mi gratitud por haberme ayudado a resolver un difícil problema. Y salí maravillado de su negocio pensando en la diferencia de los dos propietarios.

El primero tenía una buena provisión de mercancías, pero procedió como si prefiriera no ser molestado por un cliente. Su trato era poco amigable. Pero el segundo hombre pareció complacerse de poder ser de

utilidad a un cliente. Cuando yo necesite otra pieza de algún artefacto eléctrico, no me tomará mucho tiempo decidir a cuál casa he de favorecer.

Además, puedo imaginar que otras personas notan también esta diferencia. Y podría predecir que no pasará mucho tiempo antes de que el dueño del segundo negocio tenga mucho más éxito que el primero.

Podría decirse que la mayoría de las actividades humanas

están relacionadas con el arte de vender. Aun cuando Ud. no se dedique a los negocios es, no obstante, un vendedor. Se requiere mucho conocimiento del arte de vender para poder alcanzar el éxito en la vida. Para ganar amigos Ud. tiene que recomendarse a sí mismo. Prescindiendo de que sea Ud. un obrero a sueldo o un constructor, un artesano o un profesional, su capacidad de llevarse bien con la gente depende del acierto con que logre que ella simpaticé con Ud.

Gran parte de nuestro trato con los demás depende de la conversación. Esta es una parte importante de la actividad humana. A menudo se nos juzga por nuestra conversación. Si se quiere que se piense bien de uno, debiera cuidarse la manera de llevar una conversación, a fin de dejar la mejor impresión.

Un día me hallaba sentado esperando turno en una peluquería. El peluquero estaba atendiendo a un parroquiano y le contaba acerca de un viaje que había hecho en su reciente vacación. Había viajado en automóvil a una provincia distante, para visitar el pueblo de su infancia. Había visto a muchos de sus antiguos amigos. Visitó los lugares que le gustaba ver cuando muchacho, y a pesar de los muchos cambios operados desde su última visita, había gozado muchísimo al volver a encontrarse con viejos amigos y lugares llenos de recuerdos.

Me llamó la atención la expresión del rostro del peluquero y la del parroquiano. Mientras el primero hablaba su rostro resplandecía de placer. Por el contrario, el cliente se mostraba más bien indiferente. Había momentos en que me pareció casi fastidiado. En realidad dudo que prestara mucha atención a lo que el peluquero le contaba.

Y mientras escuchaba esta conversación desigual, me dije: "¡Cuán humano es el peluquero! Está pasando un momento de lo más interesante refiriendo un incidente personal; algo vitalmente interesante para él porque se trata de su propia historia".

Así ocurre con todo ser humano. Una persona obtiene el mayor placer de una conversa-

ción cuando puede contar algo respecto a sí misma o algún incidente que le haya ocurrido. Desgraciadamente, más de una conversación es como un debate en el cual cada participante trata de vencer a los demás refiriendo las cosas que le interesan a él. A menudo, una persona se interesa poco en una conversación hasta que llega su turno para hablar. Mientras otro habla, ella sencillamente espera con impaciencia la oportunidad de entrar en la conversación y contar algo que le atañe.

Puede ser que nunca Ud. haya pensado así respecto de una conversación. Yo le sugeriría, pues, que haga unas pocas observaciones y vea si no es cierto que la naturaleza humana procede de este modo.

¿Cómo puede Ud. lograr que este interesante rasgo del proceder humano lo pueda beneficiar?



Cuando se halla conversando, recuerde que el mayor placer de la otra persona consiste en la oportunidad de poder referir su experiencia y describir las cosas que le interesan. Por supuesto, Ud. también querrá tener la misma oportunidad. Pero debe darse cuenta de que la conversación, por lo menos en lo que a Ud. respecta, es una oportunidad de ganar un amigo.

Esta oportunidad es importante. Es aún más importante que el placer personal de poder referir algún incidente que le atañe. Y el secreto de sacar el mejor partido de una oportunidad así reside en permitir que

la otra persona refiera su experiencia mientras Ud. escucha.

Si puede aprender esto, la conversación redundará en su favor. Su impresión de Ud. como persona será favorable, porque aprecia que le haya escuchado.

Aunque la estrategia de hacer una impresión favorable en una conversación es fácil, tendrá que hacer algo más que meramente permanecer callado. Debe mostrar interés en lo que se está diciendo. Siempre hay oportunidad de aprender algo de otro.

Recuerdo a un viejo hacendado que estuvo bajo mi cuidado en el hospital. Durante varias semanas tuve que cambiar sus largas vendas, y mientras lo hacía le pedía que me contara algo acerca de su vida en el campo.

Después de varios días me hizo una significativa observación.

"Ud. sabrá —me dijo—, que me han ocurrido muchos incidentes interesantes en el campo, y me gusta hablar de ellos. Mientras era muchacho aprendí muchas cosas respecto a los animales y respecto a la gente. Pero parece que la gente no se interesa en lo que yo pueda decirles. Así que he aprendido a guardar silencio. Pero Ud. es diferente y me gusta contarle esas cosas".

Este hombre reaccionaba normalmente. Se gozaba en referir sus incidentes como cualquier otro. Pero también lo hacía feliz la evidencia de que su relato era apreciado. Felizmente para mí yo le demostré que me interesaba lo que me decía. Casi por casualidad yo había dado con él, y él me consideraba un buen amigo.

No hay nada misterioso en lo que respecta a hacer una impresión favorable durante la conversación. Ud. no necesita emplear frases altisonantes ni hallarse familiarizado con la mitología griega. El principio de la conversación eficaz podría concretarse en una sola palabra: *generosidad*. Lo hermoso de la buena conversación es que cuando por su generosidad Ud. proporciona placer a otra persona, está al mismo tiempo mejorando y perfeccionando su propia habilidad de mantener una conversación interesante, amena y útil.=

LA BIBLIA,

¿Sirve para Algo?



EN CIERTA ocasión, en un reportaje que me hicieron sobre la Biblia, una de las preguntas era: "¿La Biblia es para los ancianos solamente, o los jóvenes también pueden leerla?" Mi respuesta fue: "La

Biblia tiene de todo y para todos. Hay consuelo para el triste; esperanza para el desanimado; orientación para el extraviado". En la Biblia hay muchísimos pasajes dirigidos especialmente a los jóvenes. Por ejem-

plo en el Salmo 119:9 dice: "¿Con qué limpiaré el joven su camino? Con guardar tu palabra". En el libro de los Proverbios los capítulos 2-7 empiezan con "Hijo mío". Los capítulos 10 y 13 empiezan con "El

hijo sabio". El capítulo 31 dirige sus consejos a un "hijo". Eclesiastés, capítulo 12, habla directamente a los jóvenes. Tito y Timoteo, ambos discípulos de San Pablo, eran jóvenes y ellos son los destinatarios de las cartas que llevan sus nombres.

Sería muy larga la lista si siguiéramos mencionando todos los pasajes bíblicos relacionados con los jóvenes. Para cada etapa y situación de la vida la Biblia tiene palabras de orientación. Yo ya no soy joven en la actualidad. Como ya escribí en otra ocasión (*) me quedé huérfano de padre en mi infancia. Yo sé cómo se siente la ausencia, la dirección y la protección de un padre. Cuando estábamos entre la vida y la muerte (pero más cerca de la muerte que de la vida), muriendo lentamente de hambre y terror, abandonados a nuestra suerte, el texto bíblico de Jeremías 49: 11 fue nuestro consuelo y esperanza. Allí dice: "Deja tus huérfanos, yo los criaré, y en mí confiarán tus viudas". A través de los años nunca me olvidé de estas palabras y Aquel que las dijo las ha cumplido en mí. Estoy seguro de eso.

Pasaron los años de la niñez, crucé por los de la adolescencia y entré en la juventud. La vida se me presentó erizada de dificultades y problemas. Sin padre y lejos de mi madre, libre de todo control, cuando podía haber tomado cualquier rumbo, dejé que los sublimes principios de la Biblia me guiaran y controlaran. Hoy no estoy arrepentido por haber tomado esa decisión.

Más tarde, en los años de la madurez, al pasar por graves crisis en mi vida, solamente mi fe en las promesas de la Biblia y los principios cristianos que

se habían arraigado en mi corazón me sostuvieron para capear las tempestades. Soy un testimonio viviente de la veracidad de las promesas de la Biblia. "Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo; y si por los ríos, no te anegarán. Cuando pases por el fuego, no te quemarás, ni la llama arderá en ti" (Isaías 43: 2). Los que en alguna crisis de la vida, desesperados, toman una decisión equivocada, es porque no han hecho de la Biblia su guía y sosten moral.

Esta es la obra espiritual que la Biblia ha efectuado en mi vida, pero hay algo más que no puedo desconocer. Me ha causado mucha satisfacción el hecho de haber comunicado mi testimonio a millares de personas. Accediendo a invitaciones he visitado varios lugares de la Argentina, Chile y Uruguay donde he disertado ante miles de personas, y como resultado conozco casos en que por haberme escuchado hablar de las bondades de la Biblia, han conseguido un ejemplar para estudiarla. El haber despertado interés en los corazones de hombres, mujeres, jóvenes y niños hacia la Biblia me ha hecho sentir más que recompensado.

Ya que estoy escribiendo de lo que la Biblia ha obrado en mí, no puedo pasar por alto otro hecho inolvidable. En 1964 los diarios y las radioemisoras de Buenos Aires anunciaron la realización del Tercer Certamen Bíblico Internacional. El premio era un viaje a Israel. Se inscribieron personas de diferentes credos. Después de diez semanas de intenso esfuerzo el jurado me declaró ganador. De modo que, invitado por el gobierno de Israel y con todos los gastos pagados, viajé a Pales-

tina. Allá llegaron los ganadores de veinte países. Durante cinco días visitamos los lugares bíblicamente históricos. Estar en los escenarios de acontecimientos bíblicos llenaba mi corazón de emociones que difícilmente puedo describir. Tocar las aguas del río Jordán, navegar sobre el mar de Galilea, pasear por las calles de Nazaret, subir al monte donde Jesús predicó su insuperable sermón registrado en San Mateo, capítulos 5-7. Visitar el lugar donde una vez existió la perversa ciudad de Sodoma; y Engadi, donde David cortó el borde del manto de Saúl. En fin, sería muy largo recordar todo lo visto y sentido. Pero lo que deseo destacar es que toda esa alegría me la dio la Biblia por haberla estudiado. Como dice Jeremías 31: 26: "En esto me desperté, y vi, y mi sueño me fue agradable". Para mí, aquel viaje a lugares bíblicos fue como un sueño sabroso y agradable.

Tal vez usted no pueda participar en un certamen, ni salir ganador ni tener ese sueño agradable como yo lo tuve, pero puede disfrutar de las mismas satisfacciones que millones de personas han recibido por la lectura de la Biblia. Hallará mucho que aprender, pero en especial sus enseñanzas abrirán nuevos rumbos para su vida, para su elevación moral y espiritual. Haga de sus principios y enseñanzas la guía de su vida. En los momentos cruciales escuche esa voz que emana de sus páginas: "Este es el camino, andad por él" (Isaías 30: 21). =

JACOBO BEREDJIKLIAN

(*) Véase "Crónica de terror y esperanza" en JUVENTUD de enero-marzo de 1970.

asesin



¿Vienes conmigo. . . ? dijo, y con la velocidad de un rayo extrajo un revólver y lo puso en el pecho del muchacho que, paralizado por el terror, no atinaba a realizar movimiento alguno ni pronunciar palabra.

decido a Dios por ese maravilloso éxito.

Faltaba menos de una semana para la Navidad, y puesto que no había visto a sus padres por tres años, estaba ansioso de sorprenderlos con su llegada. Después de unas breves vacaciones podría trabajar unas dos semanas más, para completar el período exigido a los estudiantes, que ganaban así su dinero.

Dos años aún y concluiría su curso teológico en el Colegio Adventista Brasileño de San Pablo. Cada verano, de noviembre a febrero, se dedicaba a trabajar en las pequeñas aldeas del interior. No temía aplicar al esfuerzo doce horas por día los ciento ochenta y nueve centímetros de su bien formado cuerpo.

La cena, pues, había terminado, y el cuerpo fatigado de Juan reclamaba ya el duro colchón de paja. Pagó en la oficina provisoria en la esquina del vestíbulo y echóse a andar por el corredor para arreglar su maleta. Como al acaso volvió la cabeza y advirtió que por la puerta del frente entraba un desconocido de tosca apariencia. Juan caminó lentamente y escuchó cómo el hombre interrogaba al propietario:

—¿Quién es aquel tipo joven? ¿Qué ha estado haciendo en el pueblo?

—Es un vendedor de libros que se ha hospedado aquí durante varias semanas. Es indudable que ha vendido una montaña de libros. Ahora, prácticamente en cada casa hay uno. Está por partir temprano en la madrugada —concluyó el bien intencionado propietario.

—Gracias. Deseaba saber exactamente eso.

Juan se durmió sin mayor esfuerzo, y a las cuatro de la madrugada ya estaba en pie. Treinta minutos más tarde, luego de cumplir su devoción habitual y tomar un liviano desayuno de leche tibia y un poco de pan, marchaba a paso largo por el camino polvoriento. La madrugada era oscura.

Una persona común pronto hubiera flaqueado con solamente la valija, pero Juan transportaba también más de una docena de libros de buen tamaño. Su anhelo de tomar el tren nocturno y llegar al hogar hacía más llevadera la carga; no se detuvo hasta el mediodía para un descanso reparador. Veinticuatro kilómetros había recorrido y con unos once más terminaría su camino.

—GRACIAS nuevamente por tratarme tan bien. Creo que éste será mi último día en el pueblo. Tomaré el tren mañana por la noche, y eso significará un viaje de poco más de 35 kilómetros hasta la estación. El único medio de locomoción que he podido conseguir son mis propias piernas. Le pagaré ahora si Ud. tiene mi cuenta lista.

Juan se sentía bien a medida que se aproximaba el momento de despedirse de aquel rústico hotel de aldea en el interior del Brasil. Lo inundaba ese sentimiento de satisfacción que nos embarga cuando hemos llevado a cabo nuestra tarea de la mejor manera posible. En nueve semanas había tenido ventas extraordinarias en zonas consideradas generalmente difíciles, y estaba más que agra-

ado

Un ruido sordo, que anunciaba la proximidad de caballos, lo levantó de su agradable posición horizontal debajo de una gran palmera. De pronto, Juan vio que un carruaje se acercaba y reconoció de inmediato al conductor; era el mismo hombre que había interrogado al hotelero acerca de su trabajo.

—Venga. Salte aquí. No necesita caminar con esa carga. —gritó el desconocido mientras detenía sus caballos.

—Pero yo soy grandote y ese asiento es demasiado escaso para nosotros dos —replicó Juan.

—Suba. Más tarde nos ocuparemos de eso —fue la imperativa contestación.

—Juan colocó su maleta y libros detrás y trepó al estrecho lugar con aquel supuesto benefactor.

Los caballos caminaron lentamente toda la tarde. Había que subir cuestas empinadas y hacía calor. Encontraron agua para ellos y los caballos en un manantial que brotaba de la serranía; allí justamente le pareció a Juan que el conductor no tenía prisa por llegar a destino. Ocuparon el tiempo en discutir un bien fundado tema, pero Juan fue el que más habló. Presentó de una manera hermosa su esperanza del pronto regreso de Cristo y refirió las realidades del cielo. Para Juan fue una tarde agradable, pues afortunadamente no conocía los planes de su compañero.

A la caída de la tarde todavía se hallaban a mucha distancia de su destino. “¿No llegaremos nunca a la estación?” se preguntó Juan, intranquilo. “¿Perderé el tren y tendré que esperar hasta mañana de noche?” Sus reflexiones fueron bruscamente interrumpidas por agrias y cortantes palabras:

—¿Cuánto dinero tienes?

—Siempre traigo conmigo lo suficiente para no pasar hambre repuso Juan tan calmo como le fue posible—. Por lo general remito la mayor parte de antemano por giro bancario.

—Bien, puede ser, pero aquí en el pueblo no hay ningún banco donde tú hayas estado, y tú lo sabes. Todo tu dinero está en tus bolsillos. ¿Cuánto tienes? —exigió el maleante.

Juan nada decía. Admitir que tenía más de dos mil dólares en su bolsillo sólo empeoraría



la situación. Su acompañante estaba bien armado y sus intenciones eran ahora bien claras. Imperaba ese silencio horrible y penoso de la expectativa del desastre. Juan comenzó a orar con todo fervor.

—He matado ya a diez personas, y la undécima serás tú —le anunció el forajido. En tanto hablaba el sujeto sacó a relucir, de una vaina especial que llevaba al lado de su rodilla derecha un cuchillo de treinta centímetros de hoja. Lo levantó en alto y lanzó a fondo una potente estocada hacia el corazón de Juan. Aun en la oscuridad, Juan vio centellar la hoja acerada, e instintivamente impulsó su brazo hacia adelante para desviar el golpe. El arma pasó





a menos de una fracción de pulgada del pecho de Juan, incrustándose en el asiento de madera. Al instante Juan se la arrebató; luego se levantó un poco, la puso sobre el banco y se sentó encima.

No hablaron una palabra más. Los caballos continuaron su lento andar. Reinaba un silencio opresivo. Entrecruzados pensamientos llenaban la mente de Juan. ¿Qué haría? No había ninguna duda de que el sujeto atentaría otra vez contra su vida. Pero, ¿cómo podría escapar? se preguntaba.

Juan pesaba cada posibilidad de sobrevivir. Correr al bosque daría también buena oportunidad para que un experto tirador lo agujereara aun en la oscuridad. Luchar cuerpo a cuerpo significaría ciertamente la muerte de uno de los dos. Dios lo había bendecido maravillosamente con un cuerpo grande y vigoroso; pero no podía concebir la idea de matar, aun cuando la ventaja fuera suya. Juan optó por el último procedimiento, y atentamente continuó vigilando y orando.

Un hotelucho ubicado al lado del camino estaba precisa-

mente en la cumbre de la siguiente colina, pero Juan también sabía que se aproximaban al oscuro valle enteramente cubierto de copiosa vegetación. Notaba además que ese lugar era el más indicado para que se atentara de nuevo contra su vida. Nada ocurrió hasta que casi habían pasado la zona peligrosa y comenzaba la penosa cuesta.

—¡Alto ahí! . . . ¡Ea! . . . ¡Paren, malditos animales! —gritaba con furia el bandido, mientras tiraba de los frenos que controlaban las dos ruedas traseras. Los cuatro caballos mantenían la marcha. Las ruedas traseras quedaron trabadas patinando en el polvo.

—¡Alto ahí! . . . ¡Ea! . . . ¡Paren, animales sordos! —vociferó nuevamente. Como si él no hubiera hablado, subieron la colina pese a las ruedas frenadas.

En seguida Juan se dio cuenta de que el malhechor estaba procurando sacar algo del bolsillo izquierdo. Su mano derecha no podía usarla por causa de la tabla lateral y de la apretada posición que no le permitía ni un lugarcito adicional. A intervalos, durante quince minutos completos, gritó a sus caballos y maniobró febrilmente por conseguir algo de ese bolsillo izquierdo que tanto preocupaba a Juan.

Al llegar a la cumbre de la colina, divisaron la luz distante del hotel. Nada más se dijo. Los frenos fueron liberados y en pocos minutos estuvieron detenidos frente a la rústica posada. Junto a la entrada había muchos viajeros conversando, de manera que Juan, con menos temor, saltó fuera, lo

que aprovechó el asesino para recobrar su cuchillo.

Aun cuando eran más de las nueve de la noche, el hotelero consintió en prepararles la cena. Otras dos personas que habían llegado tarde eran atendidas en el pequeño comedor. Juan podía ver a otros a través de la puerta abierta y sentía con ello un poco de seguridad pese a estar comiendo al otro lado de la mesa, desde donde uno que quisiera, podría matarlo. En privado, Juan solicitó al propietario que tomara sus bártulos del carruaje y lo anotase para pasar la noche.

—Ese hombre es tan peligroso que toda la policía de la región le teme —le había dicho en voz baja el dueño del hotel—. Pero confío en que Ud. pueda escapar.

Ese era el plan de Juan, pero no resultaba tan fácil como él había esperado.

Pronto la cena estuvo lista y Juan pagó rápidamente lo suyo y lo de su compañero.

—Bien, vámonos —fue la orden.

—Me hospedaré aquí en el hotel esta noche y terminaré la jornada mañana —replicó Juan lo más impasible que pudo.

—¿Vienes conmigo o no?! —estalló de nuevo, colérico, y con la velocidad del rayo extrajo su revólver y arremetió contra el pecho del muchacho.

Juan intentó hablar pero no podía pronunciar palabra. Los dos hombres que aún estaban en el comedor empalidecieron y guardaron silencio. Los otros de la entrada quedaron helados, en terrible expectativa, oyendo las furibundas palabras. Nadie arriesgaba el más ligero movimiento.

QUISIERA SABER COMO SE LAS ARREGLO PARA CONTENER MI BRAZO CUANDO INTENTE SACAR MI REVOLVER DEL BOLSILLO. YO TENIA LA INTENCION DE LIQUIDARLO SIN COMPASION.

—¿Vienes conmigo o no?

Ese tono de última oportunidad en la voz, le hizo recobrar a Juan el aliento lo suficiente como para decir: "Iré".

Libros y maleta fueron rápidamente colocados en la parte trasera del vehículo. Las luces del pequeño hotel desaparecieron en lontananza y al rato ambos sufrían los barquinazos del áspero sendero del monte. Juan necesitaba quebrar la tirantez reinante hablando; pero pensó: "¿Cuándo y cómo comenzar?"

—Quiero preguntarle algo —las palabras provenían del intencionado asesino de Juan; el tono de su voz infundía cierta confianza y su trato era respetuoso.

—Sí —respondió Juan.

—¿Recuerda Ud. que allí atrás, antes de alcanzar el hotel, probé detener los caballos?

—Lo recuerdo —repuso Juan.

—Lo que deseo saber es: ¿Cómo se las arregló para contener mi brazo cuando intenté sacar el revólver de mi bolsillo? Yo de veras quería liquidarlo.

—Yo no toqué su brazo —dijo Juan. En seguida, luego de un momento de reflexión, agregó: "Pero sé quién lo hizo. Fue un ángel que Dios envió para salvar mi vida.

El hombre escuchó con verdadero interés lo que dijo a continuación:

—En mi Biblia hay una promesa como ésta: "El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, y los defiende". Dios sabía que aún no debía morir y envió un ángel para salvarme.

El giro de la conversación había retornado a las promesas bíblicas y Juan, con renovada seriedad, presentó su fe.

—Jamás me ha sucedido cosa semejante en la vida. Mi cuerpo quedó como paralizado y no pude moverme normalmente por un rato. Si Dios puede ayudar a un hombre como yo, le ofrezco esa oportunidad. ¿Puede usted perdonarme por aquello que intenté hacerle? No he sido feliz y deseo cambiar mi vida.

Las lágrimas inundaron los ojos de un arrepentido pecador; lágrimas de sincero pesar por una vida disipada y sangrienta.

Dos horas más tarde el carrromato se detuvo en los terrenos de la estación. Juan comenzó a hablar, pero fue interrumpido al decirle su amigo:

—No se vaya todavía; le ruego que primero haga una oración en mi favor.

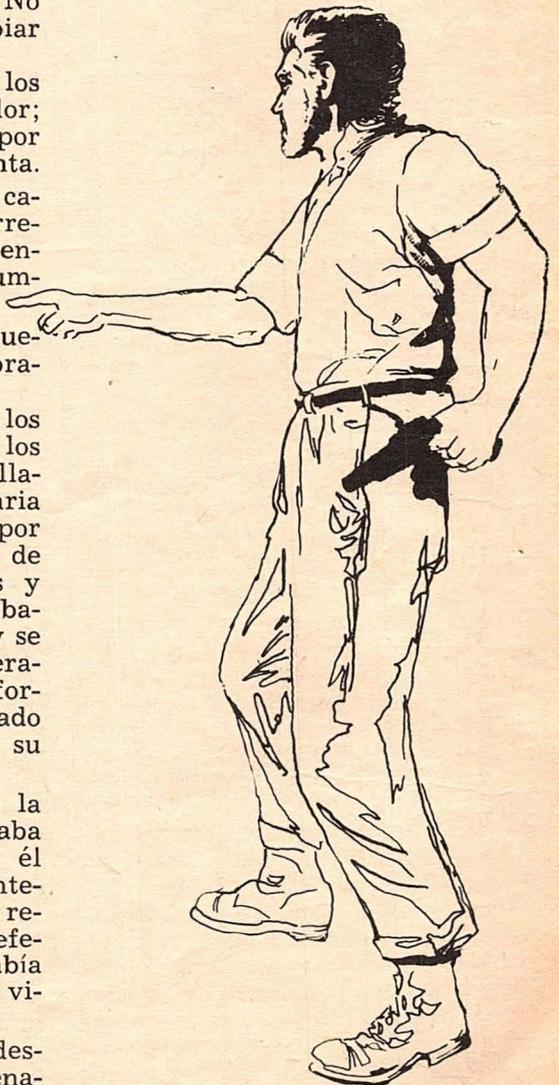
De inmediato los dos, con los respectivos brazos sobre los hombros del otro, se arrodillaron, y Juan elevó una plegaria de acción de gracias a Dios por su poder salvador. Después de un final apretón de manos y de un sincero abrazo, Juan bajó su equipaje del carruaje y se reunió con el grupo que esperaba junto a los rieles. Por fortuna el tren se había retrasado y todavía podría llegar a su casa el día siguiente.

Cada reflexión acerca de la que había pasado le provocaba lágrimas de gratitud; sabía él que le sería imposible mantener la calma necesaria para relatar su anécdota. Pudo referir a sus padres lo que había experimentado sólo en su visita del año siguiente.

Hablé con Juan tiempo después y comprendí más plenamente la razón por la cual Dios le había conservado la vida. Trabajaba entonces como mi-

sionero de varias iglesias y en medio de los pueblos rudos del interior de su estado natal, Río Grande del Sur.=

D. R. CHRISTMAN.





Historia de una muchacha peruana que en el desastroso terremoto de mayo de 1970

X

SE SALVO POR MILAGRO

HACIA ocho años que los ingenieros habían dicho que algún día la ciudad de Yungay podría ser destruida. Nadie lo creía, a pesar de que la ciudad vecina de Ranrahirca había sido barrida por un deslizamiento el 10 de enero de 1962.

Techos de tejas rojas, casas de adobes de dos o tres plantas, estrechas callejuelas empedradas, abigarradas calles de mercado, el río Santa a un paso, más un ideal clima de altura en el famoso callejón de Huaylas (conocido como la Suiza del Perú) hacían de Yungay una encantadora ciudad, preferida del turismo.

Sara, muchacha peruana de dieciséis años, a menudo se había parado bajo las palmeras de la plaza principal a contemplar el aspecto imponente del monte Huascarán, la montaña más alta del país, de 6.780 m. La magia de la montaña, el clima agradable y el encanto de la ciudad hacían que nadie se preocupara por el futuro.

El sábado 30 de mayo de 1970 Sara Balsa se sentó en el interior de la capillita de adobes situada apenas a unas pocas cuadras de la plaza y las palmeras. Cerca de 60 personas, entre hombres, mujeres y niños se sentaron con ella en los duros bancos de eucalipto que no tenían respaldo. La iglesita recibía muy de vez en cuando la visita de un pastor. Angel Aguido, joven dirigente local de la iglesia, leyó la Palabra de Dios desde el rústico púlpito:

“Velad, pues, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor” (S. Mateo 24: 42).

Guerras, tumultos, asaltos, pestilencias y plagas, hambres, ¡terremotos! Sara había asistido de vez en cuando durante seis meses a la pequeña congregación adventista. Nunca había oído una descripción tan dramática de las señales que precederían al regreso de Cristo.

Angel les recordó a sus oyentes la necesidad de vivir para Cristo, y de hacerlo ahí mismo. “Recuerden a Ranrahirca, la ciudad al otro lado del valle. Seis mil personas perecieron en seis minutos”. Todo comenzó cuando unos tres millones de toneladas de hielo se desprendieron de la cornisa del pico norte del Huascarán. Zigzagueando por entre las paredes del cañón, la avalancha se precipitó sobre los poblados y tierras de cultivo, trayendo la muerte hasta Ranrahirca que quedaba en la boca de la garganta, cerca del río Santa. “He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación” recalcó el orador.

Sara se movió nerviosamente en su asiento: “Yo sé que debiera ser cristiana pero. . . mis amigos se burlarán de mí si dejo de usar minifaldas. . . y las películas excitantes en el cine frente a la plaza. . . me gusta bailar y mañana habrá una gran fiesta”.

Frente al Huascarán, sobre la colina en la que se halla el ce-

menterio, se yergue una imponente imagen de Cristo con las manos extendidas hacia Yungay. “Debo conocer al Jesús real, al que vive, al que está en el cielo. El me ama y desea ayudarme. ¡Pronto vendrá!” Sara se levantó del banco y caminó hacia el púlpito respondiendo a una exhortación a quienes deseaban entregar su corazón al Salvador.

La urgente admonición de Angel Aguido de entregarse a Cristo en ese momento parecía tener algo de premonición. “Cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina. . . y no escaparán” (1 Tesalonicenses 5: 3).

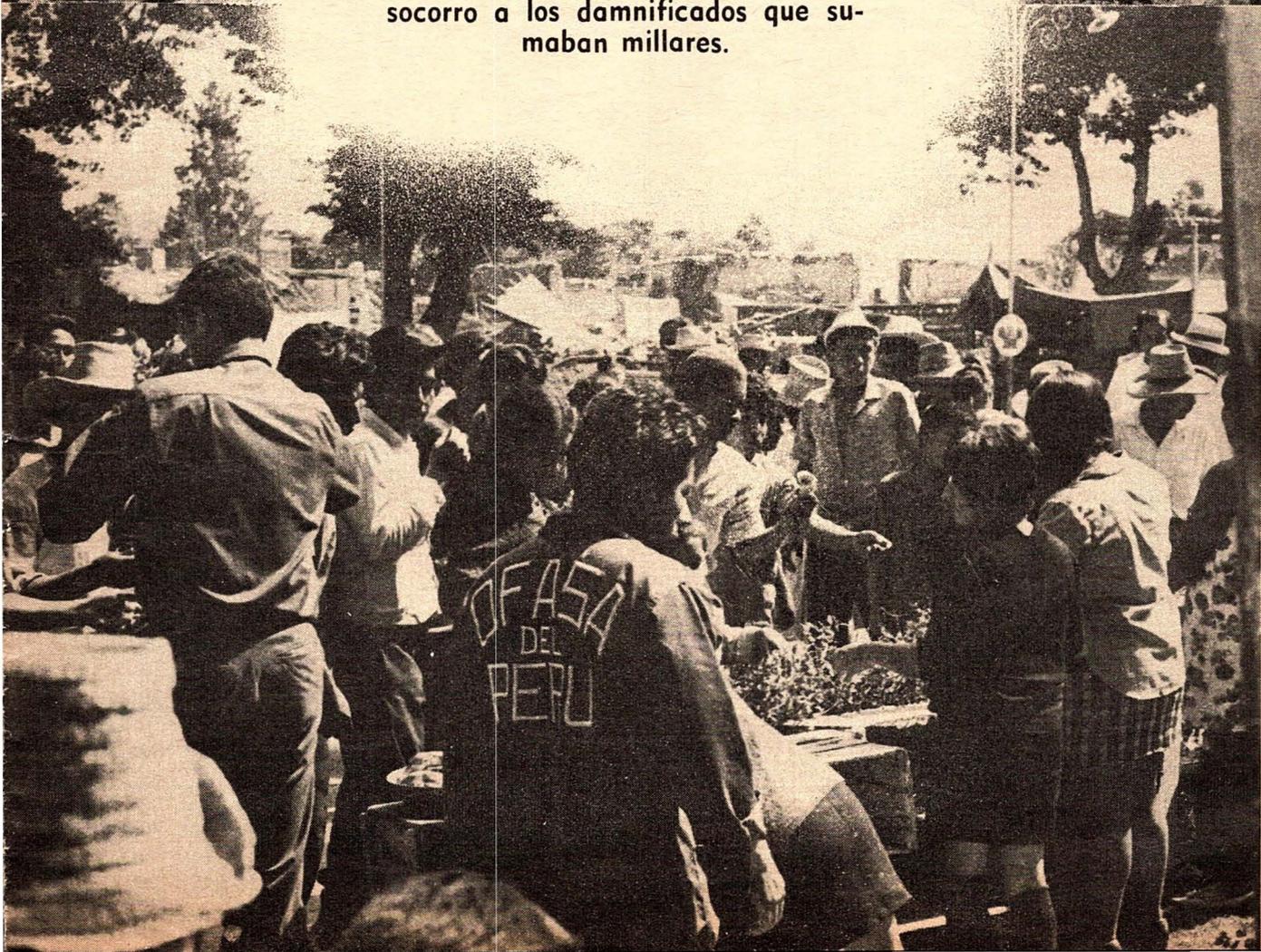
El Espíritu de Dios se manifestó a través del mensaje de Angel. Veintiocho miembros bautizados, los muchachos y las chicas y todos los presentes se reunieron con Sara junto al púlpito, en una completa consagración a Cristo.

Ese fue el último sermón de Angel. También fue su último cumpleaños (cumplía 28). Su hermano lo vino a visitar el sábado de noche. En lugar de buscar algún entretenimiento los dos se quedaron conversando hasta la media noche sobre la segunda venida de Cristo.

El domingo 31 de mayo de 1970 una multitud se derramó en la plaza de Yungay para celebrar la fiesta de Corpus Christi. El majestuoso y temible Huascarán se proyectaba por sobre la ciudad contra un cielo límpido y azul. La tierra fér-



Solamente en la zona de Yungay pe-
recieron 19.000 personas. Entidades
de bien público prestaron inmediato
socorro a los damnificados que su-
maban millares.



til y unas abundantes cosechas hacían que la gente hallara fácil la vida. Había, pues, que disfrutar y divertirse.

El sacerdote guiaba al pueblo en una procesión, pero más populares resultaron los bailes y tragos que después siguieron. Habían sido contratadas dos grandes bandas de música. El alcohol fluía en abundancia. A mediodía se produjo en la plaza el mayor alboroto de borrachos que se recordara en la historia de la ciudad. "Habrá hombres. . . amadores de los deleites más que de Dios" (2 Timoteo 3: 3, 4), había recordado Angel.

En las primeras horas de la tarde los payasos del circo tuvieron una deslucida actuación. La multitud ansiosa de excitación parecía chasqueada. Sara permaneció en casa con Angélica, su hermana. Disfrutaban ambas del trabajo en la cocina.

Aproximadamente a las 3.23 de la tarde las ollas comenzaron a brincar sobre las hornallas. Sara corrió hacia la calle. No podía creerlo. Nunca había presenciado algo semejante. La calle subía y bajaba y con gran esfuerzo apenas podía mantenerse en pie. Unas mujeres gritaban, otras lloraban, los hombres maldecían, algunos, sobre sus rodillas, rezaban. Las casas de adobes se rajaban y caían estrepitosamente al suelo.

En las alturas del Huascarán trece montañistas checoslovacos fueron aplastados por desprendimientos de hielo. Otro escalador alemán que sobrevivió recordaba después que "parecía que los picos de las montañas chocaban unos contra otros; era algo semejante al fin del mundo".

Fue el peor terremoto en la historia de América del Sur. La tierra aún se sacudía cuando Sara oyó algo así como una terrible explosión en dirección al Huascarán. Recordó el sermón de Angel comentando la destrucción de Ranrahirca. La gente del lugar solía decir: "Tal vez Ranrahirca sea sepultada otra vez, pero eso nunca le sucederá a Yungay. Tenemos un cerro de casi 200 m de alto detrás de la ciudad que nos protegerá de cualquier avalancha".

Sara y su hermana Angélica encontraron en la calle a dos aterrorizadas muchachas ami-

gas. "¡Corramos para salvarnos!" gritó Sara. "Iremos con ustedes pero antes volveremos a retirar nuestro dinero".

"Nosotras huimos ahora". Sara tomó fuertemente la mano de su hermana. Las dos muchachas corrieron hacia el pie del cerro situado al norte de la ciudad. Lo que no sabían era que lo que había sonado como una explosión atómica era un desprendimiento de hielo y rocas de más de 25 millones de toneladas que se había producido en el pico norte del Huascarán formando una nueva avalancha. Esa masa formó un muro de lodo de la altura de un edificio de diez pisos y de unos 200 metros de ancho que se desplazó montaña abajo a la fantástica velocidad de 400 km por hora.



Numerosas organizaciones de beneficencia acudieron con celeridad a socorrer a los miles de damnificados por el siniestro.

Menos de cuatro minutos después del terremoto, Sara y Angélica cruzaron el límite de la ciudad. Completamente exhaustas, fueron derribadas por el empujón de una potentísima ráfaga de viento. Ochenta metros detrás de ellas vieron el muro de lodo que se desparrahaba y cubría la ciudad de Yungay. Las dos amigas que podrían haberse salvado corriendo fueron sepultadas con su dinero.

El lodo de la avalancha había pasado por sobre el cerco pro-

pector de Yungay. La muerte también alcanzó a Ranrahirca y a todos los otros pueblos de la zona. El terremoto produjo una terrible nube de polvo. Los supersticiosos indios quechuas, con la esperanza de aplacar a los espíritus de la montaña incendiaron un bosque cuyo humo se sumó a la confusa oscuridad. Sara y Angélica pasaron los siguientes cinco días durmiendo en la montaña.

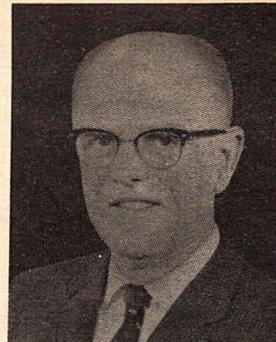
Solamente en la zona de Yungay perecieron 19.000 personas. Aquí y allá sobresalían de la masa barrosa una mano, una pierna o una cabeza. Esos miembros descompuestos eran a menudo comidos por los perros. Un policía informó que habían sido encontrados ladrones saqueando las víctimas que no habían sido sepultadas por la avalancha. Cuando el barro comenzó a secarse era posible caminar sobre las ruinas. Aún entonces a veces parecía fofo y uno sentía el misterioso temor de hundirse y ser tragado por esa masa.

Sara se detuvo junto a un bloque de roca de siete mil toneladas que se había detenido en el lugar donde una vez había estado su casa. Nada más que rocas y barro gris cubrían las ciudades de Yungay y Ranrahirca. Según algunas estimaciones 31.000 personas perdieron la vida en la avalancha que se desató del Huascarán provocada por el terremoto. Angel Aguido y otros 27 miembros de su iglesia y la mayoría de sus niños murieron bajo los escombros.

Todo lo que Sara podía ver de lo que había sido la ciudad era una docena de casas que habían quedado en el límite norte de la misma. La imagen de Cristo con las manos extendidas frente al Huascarán aún permanecía en la colina redonda que había sido el cementerio. Los sepulcros se habían abierto por el terremoto dejando al descubierto, en una vista patética, ataúdes y esqueletos. Cuatro palmeras solitarias emergían del lodo en el sitio donde había estado la plaza.

Sara meditó en el oficio de consagración al que había asistido en la capilla. "Ellos deben haber estado preparados. . . y yo también debo estarlo".=

WELLESLEY MUIR.



El autor, profesor de Arqueología del Medio Oriente e Historia Antigua en la Universidad Andrews, Michigan, Estados Unidos de Norteamérica.

COMO PUDE REALIZAR MI VOCACION

Dr. Siegfried Horn

CUANDO reflexiono acerca de lo que la vida me ha enseñado, se apodera de mí la convicción de que una mano divina me ha conducido en el curso de las diferentes circunstancias de mi experiencia. Veo de una manera evidente su dirección paternal y estoy plenamente convencido de que Dios está dispuesto a guiar de la misma manera a todos aquellos que le permitan cumplir sus planes y su voluntad.

Con el propósito de demostrar cuán firmemente está anclada esta convicción en mi espíritu y en mi corazón y sobre qué hechos descansa, relataré algunos incidentes por los cuales pasé.

No soy fatalista como lo son los musulmanes a quienes conocí muy de cerca a través de los ocho años

que he pasado como misionero entre la población de las islas de Java y Borneo. Sin embargo tengo el sentimiento de que Dios quiso guiarme en cierta dirección y del mismo modo en mi profesión, y que lo único que tenía que hacer era dejarlo actuar.

Soy arqueólogo bíblico y he enseñado en una universidad teológica durante los últimos dieciocho años. En el curso de este período he procurado aplicar los resultados obtenidos por la arqueología en el Medio Oriente a la explicación de la historia bíblica y a hacer ver cómo el conocimiento del mundo antiguo con su fondo geográfico, histórico y cultural, enriquece el sentido histórico de la Biblia. He trabajado también en procura de pruebas acerca de la

veracidad de los relatos históricos de las Escrituras y la transmisión fiel de su texto. Ese trabajo fascinante ha cautivado mi interés y mi tiempo durante muchos años, pero antes de llegar a la posición que ocupó he tenido que seguir un camino largo, arduo, penoso y con muchas sinuosidades y obstáculos.

Permitaseme decir desde el comienzo que ya en mi infancia me sentí vivamente interesado en la arqueología del Medio Oriente. Cuando echo una mirada retrospectiva sobre mi vida pasada, me parece que dos factores fueron los que tuvieron que ver con el desarrollo de este interés. Primeramente debo mencionar el hecho de que a pesar de haber nacido en un hogar cristiano, asistí a una

escuela hebrea y en ella aprendí el idioma hebreo. Por medio del contacto familiar de los relatos del Antiguo Testamento en esa lengua se despertó en mí un gran interés por el mundo antiguo en el cual se desarrollaron las historias bíblicas.

El segundo factor que tuvo gran influencia por ese amor a la arqueología fue la lectura en idioma alemán de la obra en cinco tomos de Johann Urquhart: *Los descubrimientos recientes y la Biblia*. Los leí y los releí en varias ocasiones. Desde entonces me he sentido cautivado por la arqueología cuyo interés ha ido creciendo hasta hoy.

Sin embargo no veía la posibilidad de convertir la arqueología en la profesión de mi vida. De hecho no recuerdo siquiera haber tenido idea de ello. Era entonces un niño muy pobre a quien le tocaba en suerte vivir en un país [Alemania] profundamente afectado por la primera guerra mundial y la inflación monetaria que le siguió. Aun la posibilidad de obtener una educación más allá de lo que ofrecía la escuela primaria me parecía muy remota. Tenía cinco años cuando murió mi padre; mi madre quedó sola, sin recursos y con tres niños pequeños. Tuvo que trabajar duramente para el sostén de su familia.

Para dar un ejemplo de nuestra pobreza, diré que teníamos solamente un par de galochas [calzado con suela de madera] cada uno y que solamente las usábamos para ir a la iglesia o bien cuando el mal tiempo impedía que andáramos descalzos. Se comprenderá fácilmente que no tenía muchas posibilidades de perfilar siquiera la idea de llegar a ser arqueólogo, profesión que por lo que entonces podía inferir no permitía a un hombre ganarse la vida.

Por consiguiente, después de haber terminado los estudios primarios, decidí hacerme mecánico y trabajé durante dos años en una fábrica de máquinas y herramientas. Fue entonces cuando tuve la ocasión de continuar estudiando. Hice mis estudios secundarios y comencé a asistir a un establecimiento de enseñanza superior. Por esa época resolví dar otra orientación a mi vida y decidí ser pastor. Pero, con todo, hubo un interés que nunca se perdió: mi pasión por el mundo antiguo y la arqueología. Leía con avidez todos los libros que podía obtener prestados de la escuela o de otras bibliotecas públicas.

Poco tiempo después, tuve que hacer frente a una gran tentación. Recibí inesperadamente la oferta de una halagadora beca para hacer estudios de piloto comercial. Acepté la oferta y comencé mi entrenamiento en dicha escuela, pero la abandoné al cabo de algunos meses para complacer a mi madre quien se oponía a que ejerciera dicha profesión. Siendo que mi padre había sido piloto de aviación comercial y que había perdido la vida en un accidente, se puede comprender las razones que tenía mi madre para impedir que su hijo siguiera el mismo camino.

Me sentía avergonzado por haber cambiado varias veces mis planes relacionados con el futuro y decidí irme de Alemania. Fui a Inglaterra para continuar mis estudios superiores y aprender inglés, puesto que había constatado que buena parte de los dominios de la literatura y de la ciencia me estarían vedados si no poseía el inglés. Pasé un año muy provechoso e inolvidable en Inglaterra. Solicité entonces un puesto en las misiones, específicamente en los países del Medio Oriente, según eran mis deseos.

Por el interés hacia la arqueología, los países bíblicos me atraían más que todos los otros países del mundo. Sin embargo, en vez de recibir una invitación de acuerdo con mis deseos, se me envió como misionero a las Indias Orientales Holandesas, conocidas ahora con el nombre de República de In-

donesia. En aquella época esas islas eran gobernadas por los holandeses, así que se me pidió que fuera a Holanda para aprender el holandés.

Como me encontraba sin recursos materiales, me ocupé en la venta de libros en la ciudad de Amsterdam y sus alrededores durante varios meses hasta que se me presentó la oportunidad de entrar en el ministerio como pastor. Llegué a Holanda en 1930, al comienzo de la gran depresión económica mundial, cuando el dinero escaseaba en todas partes, incluso en la caja de la misión. Mi sueldo fue diferido varias veces, y fue solamente durante el verano de 1932 cuando pude partir finalmente hacia Java. Sin embargo, los dos años pasados en Holanda me proporcionaron una experiencia muy valiosa. Fue entonces cuando conocí a quien es mi esposa, la que me ayudó tan eficazmente en mi trabajo, me apoyó en mis aspiraciones, me alentó a continuar en mis estudios y quien, a pesar de las muchas dificultades y trabas de la vida, se mantuvo siempre a mi lado.

Al llegar al Lejano Oriente, constaté que estaba desconectado de toda biblioteca capaz de proporcionarme libros sobre arqueología. En Europa siempre había tenido la oportunidad de conseguir libros sobre esa disciplina, pero no sucedía lo mismo en ese lugar. La imposibilidad de poder recurrir a bibliotecas en el territorio de la misión me obligó a formar mi propia biblioteca y a suscribirme a numerosas revistas sobre arqueología, publicadas en Norteamérica, Inglaterra, Palestina y Alemania. De esta forma pude mantenerme al día acerca de los descubrimientos arqueológicos hechos en los países bíblicos.

Mi trabajo como misionero me obligaba recorrer grandes distancias por la densamente poblada isla de Java y por las espesas selvas de Sumatra. Pasaba innumerables horas en trenes lentos, en vehículos atestados, en pequeños barcos de vapor y en hoteles muy modestos. En tales circunstancias, hacía buen uso del tiempo de esas horas interminables ya que eran prácticamente las únicas que podía dedicar a la lectura y al estudio. En vista de ello, siempre llevaba conmigo una buena cantidad de libros y revistas.

Como misionero estaba siempre muy ocupado, pero aspiraba continuamente a enriquecer mis conocimientos. Expresaba frecuentemente el deseo de disponer de más tiempo para poder estudiar, leer y escribir. Pero estaba lejos de imaginar que ese deseo iba ser ampliamente satisfecho de una manera que no había deseado ni previsto, ya que después de ocho años de trabajar con satisfacción entre gente que había aprendido a amar, me encontré de repente tras de un cerco de alambres de púas. Hitler había desencadenado la segunda guerra mundial en otoño de 1939 y en mayo invadía los Países Bajos. Por ser alemán, fui internado inmediatamente por los holandeses, y pasé los seis años y medio siguientes en diferentes campos de concentración situados en las islas del Extremo Oriente o en la India.

La vida en esas condiciones primitivas naturalmente no era agradable y requería gran espíritu de adaptación. Los prisioneros eran privados de todo el confort al cual está acostumbrado el hombre moderno y apenas disponían de lo estrictamente necesario para vivir; pero repentinamente se nos proporcionó abundantemente de una cosa de la cual pocos de nosotros había dispuesto anteriormente, a saber, de "tiempo libre".

Seis años y medio de inactividad y de aislamiento pueden destruir el espíritu de un hombre que tiene solamente tareas insignificantes que cumplir, a menos que logre ocuparse en algo provechoso. He visto a mucha gente hundirse en la desesperación solamente porque no sabía qué ha-

cer con su tiempo. Durante las primeras semanas de internación vivimos en las condiciones más primitivas que uno se pueda imaginar. No teníamos ningún libro, ningún tema de meditación, sino la preocupación de nuestra propia miseria.

Después de algunas semanas en el campo de concentración, tenía la convicción, como la gran mayoría de mis compañeros de infortunio, de haber llegado al límite de la resistencia y de no poder soportar por más tiempo esa vida sin perder el juicio, si algún cambio no se producía. Fue en esos momentos cuando me fueron devueltos mi Biblia y mi diccionario bíblico, dos libros que había deslizado rápidamente en mi valija en el momento de ser repentinamente arrestado pero que me los habían confiscado a mi llegada al campo de concentración.

Esos dos libros me proporcionaron la oportunidad de estudiar. Más tarde mi pequeña biblioteca del campo de concentración se enriqueció con varios otros libros. Mi esposa que no había sido internada, recibió el permiso de hacerme llegar, previo mi pedido, varios libros de estudio de la biblioteca personal que había formado en casa. Recibi también algunos libros por medio de la Cruz Roja y de amigos que respondieron a mis pedidos.

El desarrollo de mi biblioteca en el campo de concentración me permitió llevar a cabo un programa de estudios intensivos. Refresqué mis conocimientos del hebreo, del griego, del latín y del francés y organicé cursos de griego y de latín para los otros prisioneros. Mi gramática hebrea, siendo la única que se podía encontrar en el campo de concentración, fue copiada a mano del principio al fin por mis alumnos. Este programa de enseñanza no fue sin embargo el único trabajo que absorbió mi tiempo durante esos largos años de aislamiento. A fin de familiarizarme con los problemas con que tropieza el traductor de la Biblia y para comprender mejor las Escrituras emprendí el trabajo de largo aliento que exige la traducción de la Biblia entera, desde el Génesis al Apocalipsis, usando para ello los idiomas originales.

Además realicé estudios en varios otros dominios que me permitieron escribir los manuscritos de cinco libros: *Una Historia Arqueológica de Palestina*, un *Comentario Arqueológico del Antiguo Testamento*, una *Cronología del Antiguo Testamento*, una *Introducción al Nuevo Testamento*, una *Historia de los Judíos Después del Exilio*. Aun cuando esos libros no fueron publicados —y nunca lo serán— han servido de base a diversos cursos que dicté por varios años y han contribuido a desarrollar en mí el hábito de la disciplina de espíritu que exige el trabajo literario. Los ocho libros publicados y los numerosos artículos que he escrito en el curso de los dieciséis últimos años, certifican que la obra realizada durante mi internación ha sido fructífera en este aspecto.

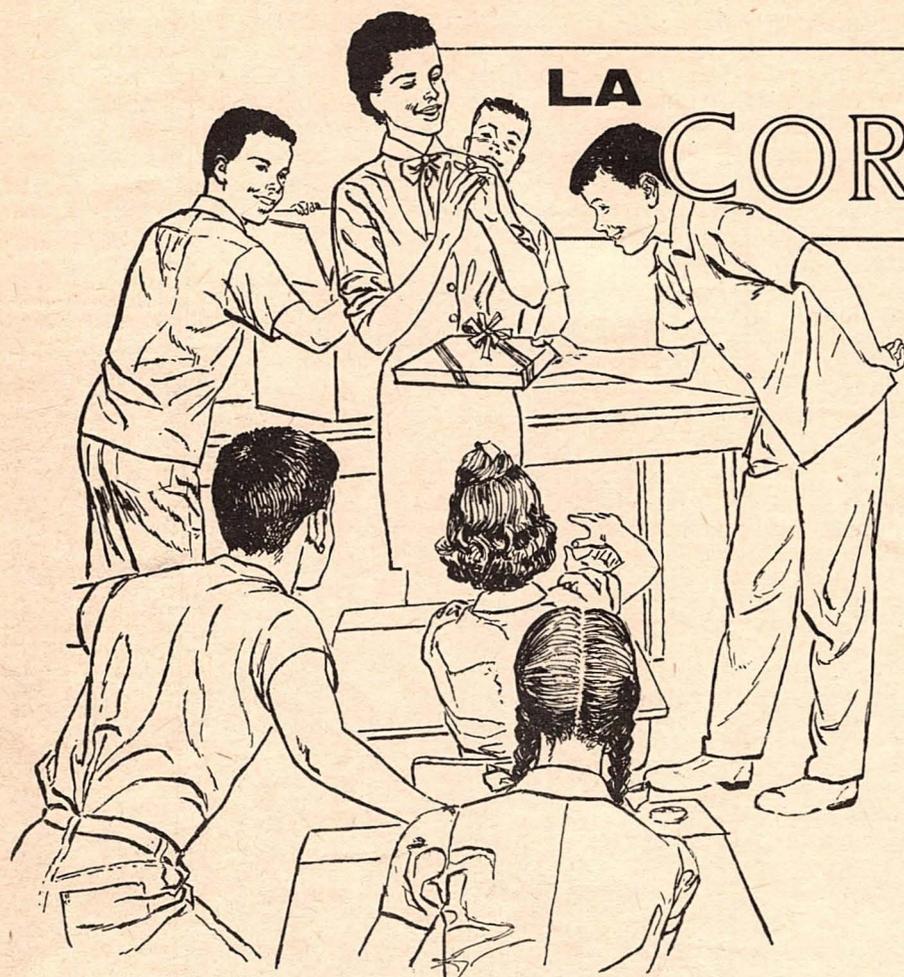
El programa de estudios intensivos que proseguí durante mis seis años y medio de internación me dejó poco tiempo para pensar en mis desgracias y para tenerme compasión por la mala suerte que me había tocado. Me doy cuenta ahora de que me proporcionaron una posibilidad maravillosa de pre-

(Continúa en la página 26)

Distintas escenas que documentan la delicada labor del arqueólogo, entre las que se cuentan las de excavar, extraer, limpiar, reconstruir y clasificar. El trabajo en equipo es indispensable. El autor ha dirigido varias expediciones de ese tipo en los países bíblicos.



LA CORTESIA



Todo el mundo debe ser cortés y no sólo los niños. La cortesía debe manifestarse en los colegiales y los profesores, padres e hijos, oficiales y soldados, amos y criados.

CORTESIA viene de la palabra *cortesano*, el que estaba en las cortes de los príncipes. Esta sería, pues, una cualidad propia de la gente de ciudad. De aquí que en francés sea "*politesse*", que deriva a su vez del griego *polis*, que significa ciudad. Esto nos trae a la memoria otra palabra: *urbanidad*, que tiene su origen en el latín *urbs*, "ciudad". Y estas tres palabras recuerdan una cuarta: *civilidad*. Ella nos habla también de la ciudad, de la urbe.

Si tenemos en cuenta, ahora, que el término *rústico* viene del latín *rus*, que significa campo, llegaremos a esta conclusión: la cortesía es la cualidad de los

ciudadanos, mientras que los campesinos son los rústicos.

Estableciendo semejante conclusión cometeríamos una fuerte injusticia y una descortesía perfecta. Se puede decir, e incluso es cierto, que las ciudades forman maneras más refinadas que los pueblos o que la soledad de las montañas; pero nadie tiene el monopolio de la cortesía o de la descortesía. No faltan rústicos en las más grandes ciudades, y en el fondo de las campiñas más recónditas se puede ver florecer, entre los rústicos rosales silvestres, la más exquisita cortesía.

Entre todos estos términos que significan buenas maneras

y costumbres afables, retendremos aquellos que hablan de la vida en sociedad y quieren expresar una cualidad del hombre social.

Un ser que viviese totalmente solo en cualquier bosque, o en un lejano brezal, no tendría ninguna ocasión de ejercitar la cortesía. Pero esta cualidad entra en juego en cuanto se encuentra con algún hombre. Cuando se encuentran dos hombres se impone la pregunta: ¿Son enemigos, amigos, o indiferentes? ¿Se quieren bien o mal, o se desinteresan totalmente el uno del otro?

Si el hombre no quiere al que encuentra, lo mirará con

mal ojo o, inclusive, tratará de atacarlo. Pero si lo quiere bien, aunque sea un desconocido, tratará de hallar un medio para hacérselo saber. No pasará junto a él sin un saludo o una palabra. Los mismos animales se saludan al pasar uno junto al otro. Si el perro eriza el pelo es mala señal. Si salta, mueve la cola, se reconoce que está animado de sentimientos simpáticos. El caballo que pasa junto a otro caballo relincha gozoso. Si dos caballos son compañeros de caballeriza y uno de ellos ha salido, a su retorno, el otro lo saluda invariablemente con un pequeño relincho amistoso.

Los hombres no pueden ser menos amables y menos corteses que las bestias. Sin embargo, a menudo lo son. Hay quienes viven juntos sin decirse buenos días, buenas tardes o hasta luego. Se separan sin decir palabra, y se vuelven a ver sin darse la bienvenida. Eso no está bien. Todo el mundo debe a sus semejantes muestras de afecto natural.

El saludo es la manera de decirse buenos días con una señal de la mano, de la cabeza, con un movimiento del sombrero o con una palabra. Los barcos se saludan izando sus pabellones o con una salva de cañón. Los trenes se saludan con un silbido. Los hombres se saludan desde la más remota antigüedad. Cuando un oriental se encuentra con otro, le dice: "¡La paz sea contigo!" y todos los pueblos mahometanos todavía se saludan así. Los griegos se saludaban diciendo: "¡Que seas feliz!" Nosotros decimos: "¡Buenos días!" En las ciudades no se puede saludar a todo el que pasa: son muchos. Pero se saluda a quienes se conoce. En el campo se saluda a todo el mundo. A lo menos, el hacerlo es una buena y vieja costumbre. So pretexto de ser más civilizados que los demás,

algunos no saludan a nadie. Saludar parece un juego antiguo. Y estamos frente a una realidad sorprendente, la de ser descorteses a fin de probar que sabemos vivir.

La experiencia me ha enseñado que la campaña, donde se saluda a los extraños, donde los niños se quitan el gorro para decir buenos días, está habitada por personas bondadosas, en tanto que los sitios don-

de esta cortesía del campo se desconoce, deben por lo mismo, inspirarnos cierta desconfianza. En todo caso, cuando los escolares de un país saludan a los que encuentran en la calle, y se comportan en público respetuosamente, hacen honor al colegio. No se desanime, joven, si aquellos a quienes dirige una cortesía no se la devuelven, y no se vuelva descortés porque no han sido corteses con Ud.

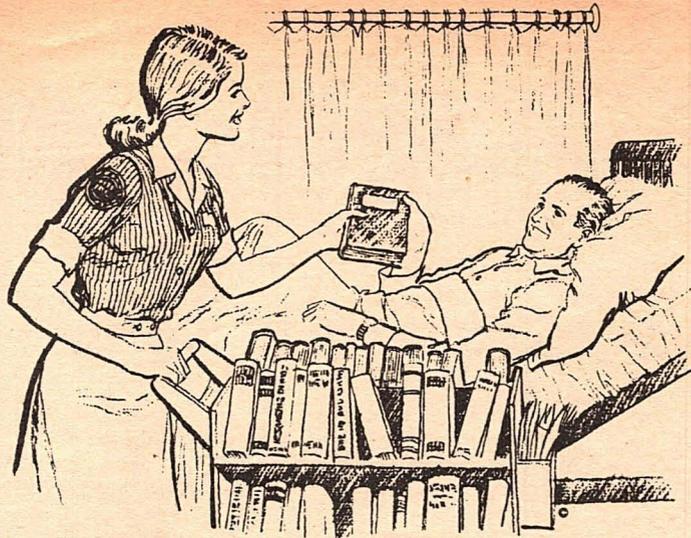


El empleo de la cortesía en nuestra relación con los demás puede depararnos agradables sorpresas por los hermosos resultados que seguirán. La cortesía es el aderezo que le da sabor a la vida.

El hecho de que pase un burro no es razón de que todos paren la oreja. Que un individuo grosero le falte el respeto, no es una razón para proceder como él: sería elegirlo por modelo y en realidad no lo merece.

He sido testigo de dos escenas interesantes respecto a este asunto. Un día, un niño muy pequeño presentó en mi presencia un ramillete a una persona mayor, distraída o desdenosa, que olvidó decirle *gracias*. El niño, sabiendo que siempre se debe agradecer, esperó un momento, y como la palabra *gracias* no venía, él mismo la pronunció y se fue muy orondo.

Otra vez —esto me sucedió en Alemania— yo bajaba una escalera, y junto a mí lo hacía un personaje importante, vestido de uniforme. En sentido inverso subía un colegial, con su cartera a la espalda. Se descubrió ante el personaje y le dijo cortésmente: "Guten tag" (buenos días). Me pareció una actitud muy cortés. Pero el personaje apostrofó al colegial en términos severos cuya traducción castellana es la siguiente: "¡Bribonzuelo! ¡No puedes darme mi título?" Este título tenía seis o siete sílabas. Pensé



para mi colete: el colegial ha sido cortés; el personaje, grosero. Pero lo que más sorprende es que el colegial no dio muestras de haberse asombrado.

Pero saquemos todavía una conclusión de este hecho: todo el mundo debe ser cortés, y no sólo los niños. Cada situación requiere una forma de cortesía. Está la cortesía de los colegiales y la de los profesores; de los viejos y de los jóvenes; de los padres y de los hijos; del oficial y del soldado; del amo y del criado. Que cada uno ponga en las formas de su cortesía el respeto hacia el otro y toda la buena voluntad que sea posible.

Entre los hombres existen distancias de acuerdo con su situación. No se le puede hablar al jefe, al abuelo, al profesor como se haría con camaradas. Pero, respetando la distancia, unos a otros pueden mostrarse benevolencia.

Dos indicaciones para terminar: *La primera*: Es necesario no exagerar la cortesía. No exageres, pues no parecerá sincero. Muchos cumplimientos disgustan a los corazones rectos: ellos no son artificiosos, ni obsequiosos, ni insulsos. Lo poco que dicen tiene mucho valor. Y he aquí *la segunda*: No hagamos de la cortesía un artículo de exportación. No seamos corte-

COMO PUDE REALIZAR MI VOCACION

(Viene de la página 23)

pararme para mi trabajo futuro. Fue penoso verme separado durante tantos años del mundo exterior, de mi familia y de mis amigos, pero podía decir que esos años, una vez pasados, no habían sido completamente en vano.

Debo mencionar, de paso, que mi esposa quedó en Java todo el tiempo de las hostilidades, incluso los tres años de ocupación japonesa, durante cuyo tiempo no hubo posibilidad de comunicación entre nosotros. Tuvo la satisfacción de salvar mi importante biblioteca arqueológica, formada a través de muchos años. Durante mi internación me encontré con muchos misioneros que habían trabajado en Indonesia antes de la guerra y que compartían mi suerte, pero no conozco a uno solo cuya biblioteca haya sido preservada como la mía. De esta manera muchos libros usados en mi trabajo actual son ahora prácticamente imposible de conseguir, ya que los depósitos de muchas editoriales alemanas fueron destruidos por los bombardeos.

Al final de la guerra tuve el privilegio de ir a los Estados Unidos donde reanudé inmediatamente mis estudios. Primero hice estudios superiores y recibí mi primer diploma universitario. Un año después obtuve una licenciatura y dos años después el doctorado en egiptología en la Universidad de Chicago. Desde entonces enseñé arqueología del Medio Oriente e historia antigua. Lo que otrora

fue más o menos un pasatiempo de gran interés, pero que de ningún modo consideraba como una forma de ganarme el sustento, se había convertido en la ocupación de mi vida. Aun cuando mi deseo de ser misionero en las tierras bíblicas no fue realizado, tuve la ocasión de estudiar, participar, dirigir excavaciones arqueológicas, amén de hacer muchos viajes a los países bíblicos en el curso de estos últimos años.

Cuando miro hacia el pasado de mi vida, puedo darme cuenta ahora de que la mano de la divina Providencia me ha guiado en el transcurso de ella. Aun cuando sentí gran interés por el mundo de los tiempos bíblicos desde mi infancia, necesitaba muchos años de estudios y una experiencia práctica como misionero y ministro del Evangelio, no solamente para darme las bases profesionales que necesita un profesor de arqueología bíblica, sino para hacerme más consciente de las necesidades de un pastor. El hecho de haber estudiado y enseñado produjo resultados más felices, tanto para alumnos como para profesores.

Si considero desde este ángulo el curso de mi existencia un tanto agitada, no puedo menos que reconocer la dirección infalible de Dios en mi propia vida. Pero también estoy plenamente convencido de que Dios reserva a cada uno de sus hijos una obra para realizar. No hay dos labores iguales, y ante cada uno hay posibilidades ilimitadas para cooperar con Dios y permitirle cumplir sus planes por nuestro medio. =



de todo el mundo

◆ A lo largo de los 1.200 km de ríos que forman la frontera entre el Afganistán y la Unión Soviética no se encuentra un solo puente.

◆ Los astrónomos que han estudiado el asteroide Icaro —que se encuentra a unos seis y medio millones de kilómetros de la Tierra— por medio del radar, han declarado que este corpúsculo celeste mide unos ochocientos metros de diámetro. Completa una vuelta sobre sí mismo cada dos horas y media.

◆ Todos los años, dos obreros brasileños escalan la estatua del Cristo Redentor, tan alta como un edificio de once pisos de altura, que se encuentra en la cumbre de un monte de setecientos metros de alto, el cual domina la ciudad de Río de Janeiro. Sujetados con ganchos de seguridad y desafiando vientos de más de 90 km por hora, proceden a limpiar el monumento.

◆ Por la noche la población de la City de Londres, el centro financiero de Inglaterra, que ocupa una superficie de una milla cuadrada, es de sólo unas cinco mil personas. Durante el día, aumenta a medio millón de personas. Esta sección de Londres contiene la mayor concentración de bancos en el mundo: el Banco de Inglaterra, que

ses tan sólo con los de afuera. Seámoslo con aquellos que nos rodean, con los hermanos, con las hermanas, con los padres, con todos los de nuestra casa. ¡Esto cuesta tan poco y causa tanto placer! . . . La cortesía es como la sonrisa de la vida.

CARLOS WAGNERS

fue fundado en 1694; todos los grandes bancos ingleses con sus cuatro mil sucursales en el extranjero; más de cincuenta bancos mercantiles, y más de cien oficinas de bancos extranjeros.

◆ Las moradas de los dayakos (naturales de Borneo), largos edificios de madera y bambú que se construyen a orilla de los ríos, pueden acomodar hasta cien familias y extenderse por casi 1 km. Cada familia posee una alcoba que se comunica con un pasillo; éste se extiende a todo lo largo del edificio.

◆ Cada año el Canadá recibe un número de visitantes que equivale a casi el doble de su población normal; la mayoría proviene de los Estados Unidos.



◆ Alaska contiene las 16 montañas más altas de los Estados Unidos.

◆ Cada año más de un millón de salmones hacen el viaje otoñal para desovar aguas arriba del río Fraser, en la Columbia Británica,

del Canadá occidental. En 18 días cubren 460 km, lo que significa un promedio de 25 km diarios.

◆ Los científicos de la Universidad de Tubinga, Alemania, han logrado reproducir en el laboratorio la primera etapa de la fotosíntesis. Se espera aplicar este proceso en la investigación espacial (la utilización de la energía de la radiación solar para cargar acumuladores en el espacio) y en ciertos procesos industriales del futuro.

◆ El interior de los autobuses y tranvías de Ludwigshafen, Alemania, será rociado cada mañana con eucalipto, durante la temporada de los resfrios. Si el procedimiento resulta útil para evitar contagios, las autoridades del transporte colectivo permitirán el uso de esencias aromáticas, como jazmín y lila, en los meses de verano.

◆ Cerca de las costas de Sumatra, las capas submarinas de aguas de distinta temperatura ondulan en olas que llegan a medir 70 metros; las mayores olas que se han registrado en la superficie no han medido más de treinta metros.

◆ A pesar de que Atenas es antigua, casi todas las construcciones actuales son posteriores a 1834, año en que la ciudad llegó a ser la capital de Grecia. Hoy día, de los 8,8 millones de habitantes con que cuenta el país, la cuarta parte vive en Atenas.

◆ Las cataratas de Southerland, en Nueva Zelanda, están entre las más altas del mundo. La cascada nace del lago Quill, y se precipita unos 700 metros hasta llegar al fondo.

ASOCIACION CASA EDITORA
SUDAMERICANA

Avda. San Martín 4555,
Florida (FNGBM),
BUENOS AIRES,
ARGENTINA

MI SUSCRIPCION A JUVENTUD

(Por 12 meses MSN 1.200 — \$ 12 Ley 18.188)

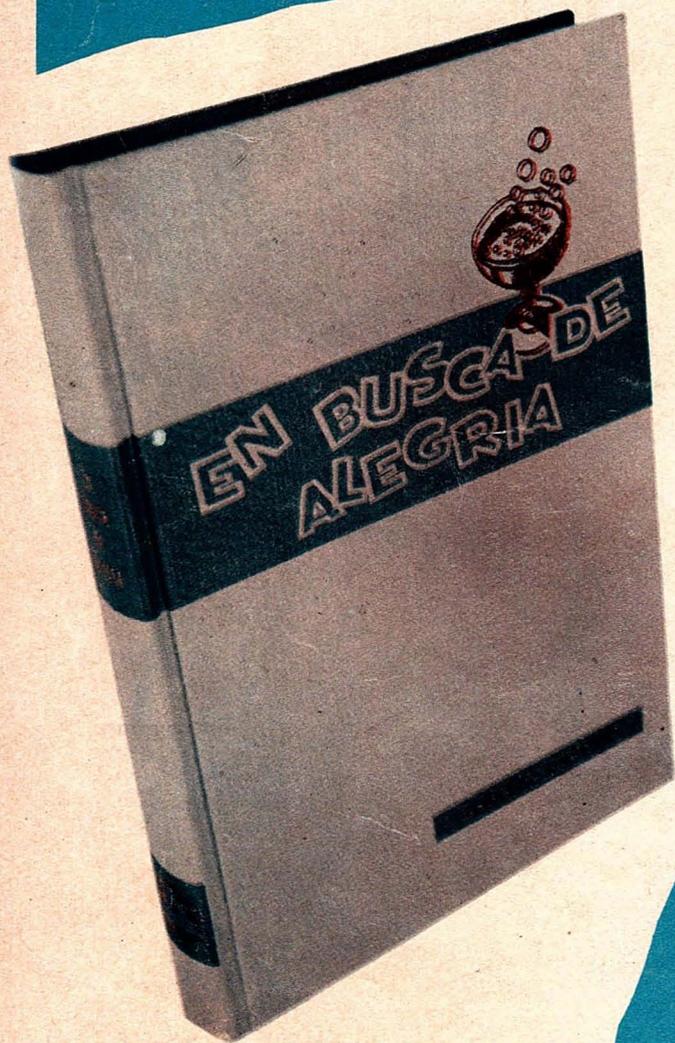
Nombre

Calle N°

Localidad

País

Todo el mundo aprecia, y busca, la sana alegría. Sin embargo, junto a ella están las imitaciones que conducen a un remedo de la misma y que invariablemente son seguidas por un doloroso despertar.



ES UNA PUBLICACION DE LA
ASOCIACION CASA EDITORA
SUDAMERICANA.

REHUYA LOS
AGENTES QUE
PROVOCAN UNA
FALSA FELICIDAD

EN BUSCA DE ALEGRIA

es una obra que lo orientará
en tan importante propósito.

PIDA LA VISITA DE UN
REPRESENTANTE
A LA AGENCIA
MAS CERCANA A SU
DOMICILIO. VEA LA
LISTA EN LA PAGINA DOS